

DDT y de su inocuidad”. Personalmente me comunicó que para especies no resistentes, en dosis correctamente calculadas, que para fines sanitarios, son mucho menores que para el control de plagas en cultivos agrícolas, no ocurren intoxicaciones humanas y continúa siendo efectivo.

A menudo se cita de Arturo Uslar Pietri, lo que escribió en 1957: “La transformación social y económica que está ocurriendo en nuestro país en el presente no es puramente la consecuencia de la Venezuela con petróleo, sino en gran parte de la Venezuela sin malaria”.

Queremos terminar, citando las palabras que traducían la gran preocupación del gran venezolano que fue Arnoldo Gabaldón, en su libro “La Enfermedad Latinoamericana de la Educación Superior” (1982). Evaluando el efecto del uso del DDT con fines sanitarios, que al eliminar la malaria,

produjo una gran demanda de servicios de salud, educación, vivienda, consumo de alimentos y problemas de convivencia en general, para los cuales el país no parecía estar preparado para satisfacer y ofrecer soluciones, expresó: “Por tal motivo principié a pensar que al haber suprimido ese obstáculo con la ayuda de un grupo de hombres excepcionales, cuyas vidas ejemplares deben constituir orgullo para cualquier pueblo, la educación de esos nuevos habitantes era un elemento fundamental para impedir que el beneficio súbitamente conseguido pudiera transformarse en grave mal”.

Nos llama sinceramente a reflexionar, que culminara diciendo: “En efecto, creo que es preferible para un país continuar con grandes territorios despoblados antes que verlos llenos de huestes incultas seguidoras de caudillos ignaros de la peor especie”.

Señores!

## Homenaje al doctor Arnoldo Gabaldón con motivo de haberse cumplido el pasado 2 de diciembre de 2005 60 años del primer rociamiento con DDT efectuado en Venezuela

Dr. José M. Carrillo

Me siento muy honrado al cumplir la tarea que me han encomendado los presidentes de las Academias Nacional de Medicina y de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales de llevar la palabra en este acto solemne que han convenido celebrar con motivo de haberse cumplido el pasado 2 de diciembre, sesenta años del primer rociamiento con DDT que se hizo en Venezuela. Desean así las mencionadas corporaciones académicas hacer un justo reconocimiento a la labor llevada a cabo por el equipo de sanitaristas que hizo posible erradicar la malaria del territorio nacional y a la vez, rendir homenaje al hombre que tuvo a su cargo el comando de ese equipo.

La malaria fue una de las dolencias más antiguamente conocidas por la humanidad. Llegó a América después del descubrimiento, en las primeras décadas del siglo XVI, importada por grupos procedentes de África, en donde era endémica según

se desprende de estudios epidemiológicos y de la distribución de anofelinos realizados en el continente. Desde el siglo XVII se reportan episodios epidémicos en Venezuela, cabiendo destacar que en todo ese tiempo y hasta la primera década del siglo XX, ninguna acción gubernamental concreta con carácter de lucha contra la enfermedad, fue emprendida.

Fue en 1926, después de la firma de un convenio con la Fundación Rockefeller, cuando los doctores Rolla B. Hill y Elias Benarroch iniciaron estudios importantes sobre la enfermedad. Entonces se identificaron y clasificaron 16 especies de anofelinos existentes en el país y se realizaron observaciones sobre infección de insectos vectores por parásitos maláricos.

En el mes de junio de 1936 el Congreso Nacional promulga la Ley de Defensa contra el paludismo la cual dispone el establecimiento, en el recién creado

Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, de una Dirección Especial de Malariología y la creación de una Escuela de Expertos Malariólogos.

Para dirigir esa Dirección fue llamado el doctor Arnoldo Gabaldón, quien había nacido en la ciudad de Trujillo en marzo de 1909 y recibido allí su educación básica; luego hizo sus estudios de medicina en la Universidad Central de Venezuela obteniendo el título de doctor en Ciencias Médicas el año 1930. En su época de estudiante había trabajado en el Laboratorio de Bacteriología y Parasitología de la Oficina Central de Sanidad Nacional que dirigía el doctor Enrique Tejera, quien le sirvió de guía en los primeros estudios sobre los protozoos que allí llevó a cabo. En 1931 viaja a Alemania a tomar un curso de malariología en el Instituto de Enfermedades Navales y Tropicales de Hamburgo obteniendo el certificado correspondiente para pasar después a Roma a estudiar los trabajos antipalúdicos de la Estación Experimental de Lucha Antimalárica que allí se realizan. Regresa en 1932 siendo entonces nombrado Médico de Sanidad del Estado Apure comenzando así a investigar la enfermedad en su propio medio.

Con beca en la Fundación Rockefeller inicia el año 1933 estudios de posgrado en la Universidad de Johns Hopkins que culmina en 1935 al obtener el grado de Doctor en Higiene, pasando después al Instituto Rockefeller en Nueva York a hacer una pasantía. Allí a comienzos de 1936, recibe del General Eleazar López Contreras invitación para incorporarse al servicio sanitario del nuevo gobierno y el 30 de julio de aquel año es designado Director de la Dirección Especial de Malariología la cual debía enfrentar el más grave problema sanitario del país ya que la malaria afectaba a un tercio de su población y ocasionaba cerca de siete mil muertes al año cuando Venezuela contaba con 3 millones de habitantes, produciendo además pérdidas estimadas entonces en un 20 % del ingreso nacional.

De inmediato se comienza en la Escuela de Expertos Malariólogos dirigida por el doctor Alberto J. Fernández el entrenamiento del personal de técnicos necesario y se envía a un grupo de ingenieros y médicos a la Zona del Canal de Panamá y a Costa Rica a observar obras de ingeniería antimalárica y cumplir programas de adiestramiento previamente establecidos y quienes, a su regreso, pasan a dirigir las oficinas de las zonas en las cuales se había dividido el país, para después, junto con otros profesionales más, ser enviados a las mejores

universidades de Estados Unidos a realizar cursos de perfeccionamiento profesional.

En dichas oficinas zonales llamadas Estaciones de Malariología se hacen encuestas epidemiológicas e investigaciones entomológicas. También se realizan observaciones meteorológicas; se proyectan los canales de drenaje utilizados para eliminar criaderos de anofelinos y se realizan otras importantes obras de ingeniería antimalárica en 30 localidades de las zonas más afectadas por el paludismo. Así en los 5 primeros años de existencia ya comenzaron a vislumbrarse los éxitos de la campaña: la población de Venezuela que en 1936 era un poco más de 3 millones de habitantes y su expectativa de vida de 38 años, llega a 3 850 000 habitantes en 1941 alcanzando la expectativa de vida a 43 años. Todo ello debido a la disminución de la incidencia de la enfermedad en las áreas palúdicas, como consecuencia de las medidas aplicadas.

En esta etapa de actividad febril pudo consolidarse el equipo multidisciplinario necesario para atender el problema malárico. Es justo hacer aquí un reconocimiento a este grupo pionero entre los que se encontraban: Arturo Luis Berti, primer profesional no médico interesado en trabajar contra la malaria, según palabras del mismo Gabaldón; Alberto J. Fernández, Salvador José Carrillo, Gerardo González, Pablo Anduze, Pablo Cova García, Mario Montesinos, Luis Wannoni Lander, Rafael de León Alvarez, Antonio Gómez Marcano, Miguel Nieto Caicedo, Lacenio Guerrero, quienes contaban con el decidido y eficaz apoyo de Miguel Suárez, Levy Borges, Gregorio Ulloa y otros a quienes la memoria y la brevedad nos dificulta mencionar, a más del personal de campo y de oficina.

Cuando en abril de 1944 el doctor Arnoldo Gabaldón asistiera a la V Conferencia Panamericana de Directores Nacionales de Salud en Estados Unidos y fuera entonces invitado a dictar una serie de conferencias en universidades del sur de ese país, tuvo noticias de la existencia del DDT producto de fórmula secreta que, sólo para fines militares, estaba usando el ejército norteamericano y dando magníficos resultados en la lucha contra la malaria en el Pacífico. No obstante, Venezuela hizo su primer pedido en febrero de 1945 lográndose que, después de una larga tramitación, la División de Malariología como después fue llamada la primitiva Dirección Especial de Malariología, recibiera en el mes de noviembre de ese año una cantidad suficiente para el rociamiento de un pueblo. Fue así como el 2

de diciembre de 1945, Día Panamericano de la Salud, a sólo seis meses de terminada la Segunda Guerra Mundial, se hizo el primer rociamiento con DDT en Venezuela en Morón, estado Carabobo, siendo también el primero que, con fines civiles, se hacía en el mundo.

En vista de los favorables resultados observados, de inmediato se procedió a sentar las bases para la campaña: se aplicaron procedimientos que poco a poco fueron adaptándose a las nuevas necesidades y se ajustaron a las nuevas técnicas los equipos que venían utilizándose. Con la experiencia adquirida se logró conformar una eficaz tecnología para el uso del DDT que luego, recomendada por la Organización Mundial de la Salud, se ha venido aplicando en aquellos países que llevan a cabo campañas antimaláricas en el mundo. Es la única tecnología que ha podido exportar Venezuela.

Los resultados obtenidos fueron sorprendentes: para 1950, a los 5 años de haberse comenzado a usar el DDT, la población del país llegaba a más de 5 millones de habitantes y su expectativa de vida a 54 años. El área originalmente malárica de 600 000 km<sup>2</sup> se había venido reduciendo desde comienzos de aquel mismo año 1950 y para 1961, cuando la Organización Mundial de la Salud certifica un área de malaria erradicada de 408 000 km<sup>2</sup>, la mayor lograda en la zona tropical del planeta, la población del país llegaba a 7 500 000 habitantes, la esperanza de vida a 66 años y la tasa de mortalidad por malaria que en 1936 era de 164/100 000 habitantes se había reducido a cero.

Así quedaba demostrada la clara visión de la problemática de la higiene del medio que tenía aquel eximio ambientalista llamado Arnoldo Gabaldón, cuando insistentemente proclamaba que con el control de los riesgos ambientales basales de origen biótico y físico propios del ambiente en donde el hombre habita, y de los adicionales que la actividad del hombre mismo engendra, podría asegurarse al venezolano un ambiente salubre y agradable para el pleno disfrute de la vida y apropiado para el cabal desarrollo de sus actividades.

Aún en la actualidad los cultivadores del regateo han pretendido empañar con sus críticas el éxito de esta campaña aduciendo que su resultado fue debido solamente al prodigio del DDT y que al aplicar el insecticida se acababa la malaria en Venezuela, a sabiendas de que “en el país existía una organización y un equipo de hombres, que supieron interpretar un curioso fenómeno epidemiológico y tuvieron la

capacidad de llevar de casa en casa aquel producto que iba a reducir y luego a interrumpir la transmisión de la enfermedad”. Por ello, en este caso, cabe aplicar el comentario que hacía Luis Beltrán Guerrero cuando se refería a una situación de mezquindades similar: “En Venezuela es difícil hacerse perdonar un talento y una acción... Aquí, donde todo se perdona, no se perdona la grandeza”.

En 1948, a petición de Gabaldón, se asignó a la División de Malariología la campaña contra el *Aedes Aegypti*, vector del dengue y de la fiebre amarilla y aquel mismo año se comenzó a recabar información sobre la distribución del *Rhodnius prolixus*, transmisor de la enfermedad de Chagas, y a poner en práctica las primeras medidas de control; como investigación colateral, se iniciaron los primeros ensayos de la vivienda rural. Las dos campañas acusaron después, exitosos resultados.

El año 1959 Gabaldón fue designado Ministro de Sanidad y Asistencia Social. Como gran conocedor del estado de la salud de país, comenzó su gestión consciente de que la situación sanitaria nacional precisaba más extensión que profundidad y que era necesario obtener resultados tangibles que fueran estadísticamente mensurables.

De inmediato comenzó por mejorar la atención hospitalaria y regularizar el envío de insumos a los centros asistenciales y asimismo, dio un gran impulso a los programas de medicina preventiva. Creó la Dirección de Malariología y Saneamiento Ambiental al unir la División de Malariología con la División de Ingeniería Sanitaria, encargada del saneamiento urbano, dando así igual jerarquía dentro del Ministerio a las acciones de saneamiento del medio que a las asignadas a la prevención y restitución de la salud.

A la nueva Dirección le fue confiado el Programa de Vivienda Rural el cual entre 1958 y 1998 logró construir más de 434 000 casas rurales, y el de Acueductos Rurales que en el mismo período suministró agua potable a 6 400 localidades sirviendo una población cercana a 1 375 000 habitantes. En el medio urbano recibieron también un gran impulso los programas de saneamiento ambiental así como los de control de las helmintiasis y de la esquistosomiasis en las áreas rurales.

Gabaldón se había propuesto para su gestión ministerial alcanzar medio año de aumento en la esperanza de vida por cada año de trabajo. En la Memoria del Despacho correspondiente al año 1963 pudo decir con satisfacción que la esperanza de vida

que en 1958 era de 63,1, se elevó a 66,4 años en 1962 “...lo que equivale a 10 meses por año de trabajo”. Demostración fehaciente de una exitosa labor ministerial.

Terminada su gestión en el Ministerio, pasó a ser Asesor de la Dirección de Malariología y Saneamiento Ambiental. Va a la Universidad de Columbia en donde, entre otras actividades, escribe su libro *Una Política Sanitaria*, que, en dos volúmenes, fue publicado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social en 1965, pasando a ser desde entonces, consulta obligada para quienes laboran en el campo de la administración sanitaria.

De regreso a Venezuela en 1966, es requerido como asesor en programas de erradicación de malaria en Ceilán y Papúa y Nueva Guinea y en 1968 pasa a regentar la Cátedra Simón Bolívar en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. El año 1972 se incorporó como Individuo de Número de la Academia Nacional de Medicina a la cual pertenecía como Miembro Correspondiente Nacional desde 1942, y ese mismo año es nombrado Miembro Honorario del Colegio de Ingenieros de Venezuela.

El 1° de enero de 1973 se jubiló del Despacho de Sanidad a los 64 años de edad y 45 de servicios prestados. Luego, se encargó ad honorem del Laboratorio para Estudios sobre Malaria, adscrito al Instituto Nacional de Higiene de la Universidad Central de Venezuela. Allí se dedicó a investigar sobre malaria aviaria, habiéndolo llevado sus investigaciones al descubrimiento de una especie nueva de plasmodio encontrada en pavos domésticos a la cual dio el nombre de *Plasmodium (Haemamoeba tejerae)*, en honor de su maestro el doctor Enrique Tejera.

Es imposible reseñar en tan corto espacio la extensa obra de Gabaldón. Ya desde muy joven, en 1928, comenzó a publicar sus trabajos científicos. Luego en castellano, inglés, francés y alemán cubrió con extensión, diversos asuntos relacionados con malariología, saneamiento ambiental, ciencias médicas y biológicas, salud pública, administración sanitaria, educación, temas sociales y culturales y de divulgación científica, los cuales tuvieron cabida en revistas, periódicos, libros y folletos, alcanzando su bibliografía a un poco más de 1 300 títulos.

El interés y la preocupación por la formación y el adiestramiento del personal, acompañó a Gabaldón toda su vida. El año 1936 en aquella Escuela de Expertos Malariólogos después llamada Escuela de Malariología, comenzó a preparar el personal medio

y auxiliar necesario. Creó cursos por correspondencia para inspectores de campo y mediante una publicación mensual mimeografiada denominada “Tijeretazos sobre malaria” hacía llegar, a todo el personal la traducción de artículos sobre malaria aparecidos en las mejores revistas especializadas.

El 2 de octubre de 1944 se inauguró el Primer Curso Internacional de Malariología en cuya organización tomó parte muy activa; desde entonces se han dictado 60 de estos cursos que han seguido la mayor parte de los jefes de las campañas antimalárica de América y otros continentes. Hasta que le fue posible, dictó en estos cursos la materia epidemiología y estadística.

Cuando fue ministro firmó convenios de cooperación con las principales universidades nacionales y el despacho otorgó cerca de 1 900 becas al personal universitario que allí laboraba. En 1983 salió publicado su libro titulado “La Enfermedad Latinoamericana de la Educación Superior”, en el cual se refiere entre otros aspectos de importancia, a la desproporción entre la matrícula de la educación primaria y secundaria y la universitaria y las altas tasas de deserción y repitencia en nuestras universidades.

Jamás Arnoldo Gabaldón albergó en su alma odios, resentimientos o rencores. Exigía a sus empleados el fiel cumplimiento de sus obligaciones, pero por ser el primero en cumplir, podía exigir cumplimiento; pregonaba con insistencia que la constancia, la exactitud y el interés en el trabajo debía ser la norma en el desempeño de las labores asignadas a cada quien. Todos sus empleados tenían acceso a él y siempre procuró que todos se conocieran, que sintieran la organización como suya, estimando indispensable, que la consideración, la estimación y la lealtad con el compañero debían siempre regir el trato entre los integrantes de aquel equipo, que supo hacerlo compacto y que siempre dio muestras de un espíritu de cuerpo indeclinable.

Perteneció a muy importantes corporaciones científicas. Asistió a gran número de congresos, reuniones y comités de expertos y fue asesor de programas de lucha antimalárica en distintos países del mundo. En 1985 se incorporó como Individuo de Número de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales a la cual pertenecía como Miembro Correspondiente Nacional desde 1944. Como reconocimiento a su incomparable labor, fue distinguido con las más honrosas designaciones, condecoraciones y premios, tanto en Venezuela como

en el exterior. Las universidades de Brasil, en Río de Janeiro, y las de Los Andes, de Oriente y Simón Bolívar, en Venezuela, le confirieron el Doctorado Honoris Causa y la del Zulia lo designó Profesor Honorario.

Después de una vida sin descanso dedicada al engrandecimiento de Venezuela a la que siempre quiso hacer tan grande como lo fueron sus ideales y de la magnitud de su pasión venezolanista, Arnoldo Gabaldón falleció en Caracas el 1° de septiembre de 1990.

Señoras y señores

Permítaseme hacer algunas reflexiones: atravesamos tiempos difíciles. Atónitos contemplamos cómo se dilapida la riqueza nacional, cómo la corrupción campea en todos los ámbitos y cómo las obras de infraestructura se desmoronan una tras otra. La educación que se imparte está dirigida al adoctrinamiento y no al cultivo del espíritu. Se busca desvirtuar la universalidad de la ciencia, implantar una ciencia doméstica y una tecnología de calle, así

como masificar las universidades en detrimento de la excelencia. En el campo de la salud pública el deterioro es notorio: los hospitales se encuentran en extremo desabastecidos y la consulta médica está en manos de seudoprofesionales traídos de otros países. La poca atención que las autoridades sanitarias han venido prestando a los programas de saneamiento ambiental ha traído el repunte de enfermedades que por largo tiempo habían estado bajo control, bastando sólo con señalar que el pasado año 2005 se registraron en el país casi 40 000 casos de dengue y 45 328 casos de malaria con el agravante de haberse re infectado áreas de malaria erradicada. El déficit habitacional alcanza 1 600 000 viviendas mientras la productividad decrece y la pobreza aumenta.

El país clama por una dirigencia que asuma de inmediato su reconstrucción. Precisa de una gerencia de avanzada; de hombres con un claro sentido de sus deberes para con la patria y para consigo mismo; de hombres que con fe e idealismo acometan sus tareas, sin que las dificultades los arredre, de hombres en fin, cuyo paradigma sea el venezolano de excepción a quien hoy rendimos homenaje.

Muchas gracias.

*...continuación de la pág. 131.*

Según Eutiquio, el comandante Amrou ibn al-Ass, terminada la conquista de Egipto, dirigió una carta al segundo sucesor de Mahoma, Omar I (586-644), donde le presentaba el inventario de Alejandría: 4 000 palacios, 4 000 baños públicos, 400 teatros, 40 000 judíos y 12 000 tiendas. La misiva concluía así: «Los musulmanes parecen aguardar impacientes el disfrute de los frutos de su victoria.»

Esta carta omitió la existencia de la biblioteca del museo, la cual era, sin lugar a dudas, un monumento de Alejandría. No obstante, el cronista y pensador Ibn al-Kifti, admirador de Aristóteles, recordó en sus páginas cómo el general Amrou se entrevistó con el comentarista Juan Filópono, quien le pidió tomar una decisión sobre el futuro de los libros de la biblioteca del museo y le advirtió que las actividades estaban momentáneamente suspendidas. Amrou no se atrevió a responder, y prefirió enviar otra misiva con el propósito de indagar qué pensaba el monarca sobre estos libros.

Pasado un tiempo, Amrou recibió la respuesta y leyó a Filópono, no sin pesadumbre, la decisión de Omar: «Con relación a los libros que mencionas, aquí está mi respuesta. Si los libros contienen la misma doctrina del Corán, no tiene caso conservarlos.»

Amrou lamentó este criterio, pero fue obediente, según el cronista árabe Abd al-Latif, y no vaciló en cumplir la orden recibida: «La biblioteca de Alejandría fue incendiada y totalmente destruida». Los papiros, según Kifti, sirvieron para encender el fuego de los baños públicos. En lugar de cualquier otro material, los textos de Hesíodo, Platón, Gorgias, Arquíloco, Manetón, Safo, Alceo, Alcmán, y miles más, sirvieron como combustibles por seis largos y áridos meses.

*Continúa en la pág. 174...*